

sigamos esta opinion ó la contraria, todo hombre, proponiéndole esta verdad : *el todo es mayor que su parte*, consentirá y dirá que *sí*. Y si le proponen, *el todo es igual á su mitad*, dirá que *no*. Si hubiera un hombre tan tenaz que negase que él tenia pesadez, y temerariamente dijese que no caeria abajo, aunque le echasen de la cima de una torre : si hubiese, digo, un hombre tan loco, y en él hiciesen tan temeraria esperiencia, vendria diciendo por el aire, *no caigo, no caigo*; pero vendria infaliblemente cayendo, y se romperia en el suelo la cabeza cuando mas porfiase que no caia, porque la gravedad obra con independencia del juicio y sus opiniones. Siga el hombre la opinion que quisiere, la gravedad obra en él física y realmente, y habrá de venir cayendo hácia abajo. Esto sucede en nuestro caso. La evidencia es una fuerza con que la verdad propuesta claramente impele y atrae físicamente al entendimiento : bien diga que es atraido, ó bien diga que no, siempre ha de venir cayendo á abrazar la verdad. No nos cansemos mas en esto.

EUG. — Teneis razon porque me parece escusado que gastemos el tiempo en ello.

TEOD. — En esta suposicion concluimos que hay muchas verdades no solo ciertas sino tambien evidentes. Que hay tres especies de *certeza*, como tambien de *evidencia* : que en estas se fundan las ciencias y facultades, y que se las deben á la metafísica. Baste por ahora. Vamos á pasear, que esta primera conferencia solo sirve de entrada á la metafísica.



TARDE QUINQUAGÉSIMAPRIMERA.

DE LOS AXIOMAS GENERALES PARA TODAS LAS CIENCIAS,
ARTES Y DISCURSOS.

§ I.

De los principios evidentes por propia conciencia.

TEOD. — Hoy, amigo Silvio, hemos de salir muy acordes de la conversacion, porque todo será verdades notorias de las que ninguno puede dudar sino por fingimiento y travesura de genio.

SILV. — Siendo así poca duda habrá entre nosotros.

EUG. — Aun así dudo que paseis una tarde en paz.

TEOD. — Si todos tres concordásemos en todo seria enfadosa y sin gusto la conversacion. Como vos en nada me contradecís, bueno será que Silvio me contradiga para que la conversacion tenga alguna sal. Mas vamos á lo que importa. Hay dos especies

de *principios* ó de verdades evidentes, que por sí mismas dan luz á otras muchas que de ellas nacen : llámense axiomas, y de estos hay unos que son notorios al alma por la propia conciencia, y otros que lo son por la conexion clara y manifiesta, ó por la oposicion de los términos. En cuanto á la primera clase tenemos estos *axiomas* ó *principios*. Idlos, Eugenio, apuntando todos, como aquel que en un almacén hace provision para las futuras necesidades.

EUG. — Tomo vuestro consejo. Decid.

TEOD. — El primer principio es este : *yo pienso*, ó usando de la palabra latina *ego cogito*. Esta verdad es la mas notoria que puede el alma tener, porque ella misma siente inmediatamente que *piensa*. De suerte que si duda de este principio, como es imposible que esté dudando sin pensar, en la misma duda se certifica de que está pensando. Porque si dijera *dudo*, podrá por consiguiente decir, *todo el que está dudando piensa; luego yo pienso*. Descartes da este principio por primero, y no hay duda en que lo es en esta clase.

SILV. — ¿Y de qué sirve ese principio acá para las ciencias?

TEOD. — A su tiempo vereis para lo que sirve. De este principio nace otra verdad tambien evidentísima, que es esta, *yo existo*, por ser imposible que la *nada* piense, y el que no existe en este mundo es nada, y ninguna cosa puede hacer en él. Siendo, pues, evidente al alma esta verdad, *yo pienso*, tambien la es evidente esta otra, *yo existo*.

SILV. — Mucha gente buena, segun he leído, di-

ce que no es evidente que el mundo exista : ¿cómo, pues, decís que la segunda verdad evidentísima es que cada uno diga, *yo existo*?

TEOD. — El alma está cierta de que piensa, y está cierta de que existe ; pero el cuerpo no piensa, y por eso de la cogitacion del alma no se puede inferir que su cuerpo exista. Es preciso reparar en esto ; no digo yo que el hombre está metafísicamente cierto de que todo él existe, digo que el alma está cierta de que existe, y me habeis de conceder que puede muy bien el alma existir sin cuerpo, como sucede despues de la muerte.

SILV. — No esperaba yo esas delicadezas, ni que hicieseis grande diferencia entre el alma del hombre, y el hombre formado de cuerpo y alma. Vamos adelante, que no quiero disputar por cualquier cosa.

TEOD. — Otros principios hay que tambien son evidentes al alma, como son estos : *yo siento este dolor, oigo una voz, veo un objeto*, etc. Tambien estas verdades son evidentísimas al alma por la propia conciencia. No os admireis, Silvio : oid con sosiego, y despues direis. Las operaciones de nuestros sentidos son movimientos de los órganos del cuerpo, causados por los objetos esternos ; y estos movimientos de los órganos de los sentidos se comunican al cerebro, como os dije en la fisica, y despues á nuestra alma ; de suerte que esta tiene su percepcion ó sensacion espiritual, á la cual corresponde la sensacion material ó movimiento de los órganos del cuerpo. El alma por sí solamente está cierta de lo que tiene en sí misma, esto es, de su sensa-

cion espiritual ; pero de la sensacion material en el cuerpo, y del objeto esterno que comunmente se la causa, no tiene certeza metafísica, porque cuando soñamos se persuade el alma á que vemos jardines, v. g., que paseamos, que oimos los pajarillos, que sentimos la fragancia de las flores, ó tambien que caemos, que nos hieren, etc., y todo esto estando el cuerpo en una cama á oscuras y con los ojos cerrados ; pero el alma tiene en el sueño la misma percepcion y sensacion espiritual que tendria si todo esto sucediese en realidad. De suerte que está cierta de que tiene en sí aquellas percepciones que se llaman *ver, oír, oler, dolor*, etc. No obstante, en el caso de que se preguntase á sí misma si existian aquellos objetos externos que suelen causar estas sensaciones espirituales que tienen en sí, ó si á lo menos existen en el cerebro algunos movimientos que las esciten, de esto no está el alma evidentemente cierta por el principio de propia conciencia ó esperiencia de sí misma. Bien podrá certificarse con algunos discursos tales ó cuales, segun los pudiere formar ; mas por esperiencia de sí misma eso no, porque esta esperiencia solamente la certifica de lo que pasa en sí, mas no de lo que pasa en el cerebro ó en los ojos, y por esto se engaña muchas veces, como la sucede en los sueños. Ahora declarado, Silvio, lo que contra esto teneis, pues os he visto impaciente como quien tenia mucho que decir.

SILV. — Con esa distincion de sensacion espiritual y sensacion material me habeis respondido á lo que yo os queria decir.

TEOD. — Eugenio, aquí vereis que conviene mucho oír bien, reparar bien, y tal vez repreguntar, y despues replicar, como yo os lo aconsejaba en la lógica. Ahora vamos á los principios ó verdades notorias al alma por la manifiesta conexion de los términos.

§ II.

≡ Del principio que llaman de contradiccion, y sus consecuencias.

TEOD. — Además de las máximas evidentes que tenemos por conciencia, esto es, ciencia ó esperiencia de nuestra propia alma, hay, como dije, otras que son evidentísimas por la conexion de los términos entre sí. El primero de estos principios, ó la máxima universal en que, segun Wolff, estriban todos los demas, se llama *principio de contradiccion* ; le dan este nombre los modernos, siguiendo á Leibnitz y á Wolff : y á todos es notoria esta verdad : *es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo*. Le llaman principio de contradiccion, porque consiste su verdad en la repugnancia y contradiccion que tiene el *ser* con el *no ser*.

SILV. — Este principio ya es muy viejo, y no sé que vuestros modernos puedan decir acerca de él cosa que no sepa cualquier niño ó cualquier rústico.

TEOD. — Si no fuese muy viejo y notorio á cualquier rústico, no seria principio universalísimo y

evidentísimo, pues de su evidencia suma procede el ser notorio á todos. Quiere, pues, Wolfio, y con grande empeño, que este sea como el primero de todos los principios, al cuál todos los demas se puedan reducir; no obstante, otros no concuerdan en esto. Sea lo que fuere, pues para nuestro intento importa poco. Una cosa solamente digo de paso, y es, que los principios evidentes al alma por su propia *conciencia* no se fundan ni dependen de este *principio*, ni de él reciben su evidencia. Los otros, que son evidentes por la conexion de los términos, sí; porque tal vez todos ó cuasi todos se pueden deducir de este principio como de su raiz. Aquí quiero por cautela ocurrir á un escrúpulo. Llamamos *principios* ó *axiomas* á unas verdades de tal calidad, que con sola la esplicacion de sus términos serán recibidos universalmente de todos. Esta es la definicion comun de este nombre, y por eso estas verdades no necesitan de prueba, sino solamente de la esplicacion de los términos. No obstante, cuando estas verdades estan enlazadas con otras mas notorias, ó ya esplicadas y sabidas, no se las hace injuria en demostrar esta conexion, ó que tienen su raiz en esta ó aquella verdad, que es mas general y notoria; nada de esto las escluye de la clase y dignidad de *principios* y *axiomas*, porque aunque tengan esta especie de prueba no la necesitan; y basta la simple esplicacion de los términos para que todos los admitan. Esto lo advierto para precaver ciertos escrúpulos en que algunos tropiezan.

SILV. — Sea como quisieréis, pues nadie repara en esto.

TEOD. — Siempre es bueno hablar con precaucion; por lo cual, Eugenio, conviene ir sacando de este *principio de contradiccion* varias consecuencias, que son otros tantos axiomas, no menos generales y evidentes, los que por notable modo irán cada vez ilustrando mas vuestra alma. Me explicaré con un simil. Si yo tuviese una antorcha encendida, y fuese encendiendo con ella otras muchas, iria cada vez poniendo mas clara é iluminada la casa, aunque toda aquella luz procediese de la primera. Así la sucede al alma con las verdades que se van deduciendo de aquella primera y grande verdad.

EUG. — Si esto es así, y yo tengo por mi ignorancia á oscuras, ó con sola una luz, lo interior de mi cabeza, idme encendiendo mas luces para que la casa de mi entendimiento quede mas clara.

TEOD. — La primera consecuencia de este principio general, ó tal vez la primera esplicacion de él por otros nuevos términos es esta: *toda proposicion que afirma una cosa de sí misma es verdadera: toda la que la niega es falsa*. Como si digo: *Pedro es Pedro, Dios es Dios*, etc. Es una cosa evidentísima, y el que la negara caeria en el precipicio del principio de contradiccion; porque entonces diria que Pedro no era Pedro, etc. Por la misma razon, si yo dijere *Pedro no es Pedro*, digo una insufrible falsedad. Esta es la primera antorcha que enciendo en aquella grande luz.

EUG. — Me ocupais con unas cosas tan claras que no sé si en eso perdemos el tiempo.

TEOD. — No le perdemos, amigo, porque aquí se

trata de averiguar quilates de certeza y evidencia, y en esto se necesita de grande cautela; porque hay muchas cosas que á la primera vista parecen evidéntísimas, y son falsas. Acordaos de lo que os dije en la lógica. En materia de evidencia metafísica, amigo mio, que es de la que tratamos ahora para sentar la base de todas las ciencias y artes, siempre es preciso llevar la plomada en la mano, y el nivel delante de los ojos.

EUG. — Governad mi entendimiento como quisíereis.

TEOD. — La segunda consecuencia ó segunda luz que enciendo en la primera, ó la segunda consecuencia que saco de aquel principio de contradicción, es esta verdad: *toda proposicion, cuyo predicado va envuelto en la idea del sugeto, es verdadera siendo afirmativa, y siendo negativa es falsa.* Este axioma es de grandísimo uso en todas materias, por lo que conviene que conozcais claramente su verdad. Cuando el predicado va envuelto en la idea del sugeto, allá está verdaderamente de parte del sugeto. De este modo el que afirma a algun predicado del sugeto afirma el predicado de sí mismo. Pongamos un ejemplo: todos saben que *templo* quiere decir *edificio consagrado á Dios*. Si yo digo *el templo es edificio*, como ya en la idea de *templo* se incluye *edificio*, viene á ser lo mismo que si dijera: *el edificio consagrado á Dios es edificio*. Ahora bien, el que esto dice afirma una cosa de sí misma, afirma de edificio que es edificio; y poco há os dije que no podia haber cosa mas evidente que afirmar una cosa de sí misma. Si no fuera verdad que el

templo fuese edificio, se seguiria una horrorosa contradicción, porque tendrian que decir que este *tal edificio consagrado á Dios no era edificio*. Pecado horrendo contra el primer principio.

EUG. — No puedo explicar lo que me gusta ver ir encadenando estas verdades unas con otras; y á la verdad, el entendimiento recibe en esto grande luz.

TEOD. — Asegurad, pues, bien este axioma en la memoria, porque en todas materias nacen de él infinitas consecuencias, y con ellas ireis teniendo cada vez mas luz en el entendimiento.

SILV. — Ese axioma no es tan cierto como vos decís, cuanto menos evidente. Suponed que yo juntaba varios predicados contrarios entre sí, y que formaba una idea imposible, v. g. *círculo cuadrado*, etc.; en este caso, segun vuestro axioma, seria verdad tambien si yo dijese *el círculo cuadrado es círculo*; todos dan estas proposiciones por falsas.

TEOD. — Yo tambien.

SILV. — ¡Pues cómo! ¡No veis que la idea del predicado va envuelta y está incluida en la idea del sugeto! El predicado era *círculo*, y círculo ya estaba allá de parte del sugeto.

TEOD. — Así es; pero ¿cómo estaba allá? Estaba enteramente destruido. Reparad bien, Eugenio: si yo juntare una idea con otra, que no la sea repugnante ni la destruya, hago una idea compuesta y posible, porque siendo posible cada idea de por sí, y no siendo entre sí repugnantes, será tambien posible la idea compuesta. Pero si una idea repugna con la otra, lo mismo es juntarlas en mi

entendimiento que destruirlas. Ser *círculo* y ser *cuadrado*, son dos cosas que esencialmente repugnan : por eso cuando digo *círculo cuadrado* hago un imposible, ó como dicen en las aulas, un *ente de razon*, y no podemos afirmar de él idea alguna posible. Porque si yo dijere *el círculo cuadrado es círculo*, afirmo círculo verdadero de círculo destruido ó imposible. Por tanto, no tiene aquí lugar el axioma, y siempre queda intacta su verdad, siendo regla general y certísima, que cuando en el sugeto de la proposicion se viere la idea del predicado, se podrá afirmar de él con toda seguridad. Creo que ya en la lógica espliqué esto.

SILV. — Así fue, y estoy acorde con vosotros.

TEOD. — Saquemos mas consecuencias de aquel mismo principio. *Toda proposicion, cuyo predicado incluye idea repugnante al sugeto es falsa*. La razon es, porque si el predicado incluye idea repugnante al sugeto, siempre está sin él, y por consiguiente en donde está el predicado está la *esclusion* del sugeto. Y así, decir que este sugeto tiene aquel predicado es lo mismo que decir que está con su propia *esclusion* ó *negacion*, lo cual es una contradiccion, como ya se ha manifestado.

SILV. — Son tan claras estas cosas que ya por claras enfada tal vez su esplicacion.

TEOD. — Saquemos otra consecuencia asimismo evidente : *proposicion verdadera nunca envuelve contradiccion*. Aun por eso los misterios de la fe, siendo altísimos y oscuros, principalmente los de la Santísima Trinidad, como son verdaderos, no envuelven contradiccion sino es solo en la apariencia.

Bien veis que es imposible que una contradiccion se verifique; luego tambien es imposible que proposicion que se verifica incluya contradiccion.

EUG. — Nada puede ser mas evidente ni mas claro.

TEOD. — Síguese otro axioma : *definicion de nombre que junta ideas repugnantes se debe desechar*. La razon es, porque uniendo ideas repugnantes envuelve contradiccion, y cuando incluye contradiccion no sirve para esplicar las cosas posibles y reales de que se disputa. Forme cada uno estas definiciones como le parezca, y diga : así llamo á tal cosa; pero nunca junte cosas que no se pueden juntar. Solamente lo hará cuando quiera definir algun imposible.

SILV. — El que quisiere definir las quimeras ó entes de razon, eso es, lo que ha de hacer, y aun es muy preciso para resolver mil cuestiones importantes que acerca de ellos se tratan en las aulas.

TEOD. — Lo cual es bien superfluo, diria yo, y hallo que solo despues de saber todas las cosas posibles es cuando nos quedaba lugar para quebrarnos la cabeza con imposibles.

EUG. — No os detengais en eso, Teodosio. Vamos á otros axiomas, que yo acá los voy asentando todos.

TEOD. — Otro axioma tenemos tambien nacido del principio de contradiccion; y es este : *toda proposicion de donde nace algun imposible envuelve contradiccion*. La razon es, porque conforme á lo que queda dicho en la lógica, solamente puede nacer de una proposicion lo que dentro de ella se incluye. Por consiguiente, si de ella nace ó se sigue

algun imposible, es señal de que es imposible que se incluya dentro de ella; y de este modo ella misma envuelve contradicción.

EUG. — Son estas unas cosas tan naturales y claras que me parece que aun sin vuestra advertencia las diría yo.

TEOD. — No lo dudo; pero fíaos de mí, y creed que son útiles estos axiomas puestos así por orden, y de propósito los voy yo estableciendo y enlazando todos. Aun falta otro, cuyo uso pertenece á la lógica; pero darle y establecerle es propio de la metafísica.

SILV. — ¿Y cuál es?

TEOD. — Ya le digo: *Ninguna proposición puede ser al mismo tiempo verdadera y falsa en el mismo sentido.* Este axioma bien evidente es; pero conviene enlazarle con el *principio de contradicción*, y esto se hace fácilmente; porque cuando la proposición es verdadera, el objeto es como ella dice: cuando no es verdadera, el objeto no es como ella dice; luego si fuese al mismo tiempo verdadera y falsa, también el objeto sería y no sería al mismo tiempo, como lo dice la proposición, lo cual es una contradicción prohibida en el principio general.

EUG. — En cuanto á estas proposiciones bien acordadas debeis estar los dos, ni sobre esto habrá muchas contiendas en las escuelas.

SILV. — Mal sabeis las contiendas que hay sobre este punto que todos tienen por certísimo. Contra esta verdad evidéntísima hay argumentos indisolubles.

TEOD. — Ahora bien, Silvio, sobre ello hablaremos en particular: puede ser que halleis solución á esos argumentos indisolubles¹. Ahora no aflijamos á Eugenio, porque no tiene aun cabeza para semejantes especulaciones. Vamos adelante, Eugenio, y estad seguro de que todo el mundo concuerda en que ninguna proposición puede ser al mismo

¹ La mayor dificultad que se ofrece contra este axioma, que todos dan por evidente, es la que se forma con una proposición, que, reflexionando sobre sí misma, diga: *yo soy falsa*. Dicen los sofistas que esta proposición es al mismo tiempo verdadera y falsa; porque si decimos que en la realidad es falsa, en esto mismo decimos que concuerda con lo que en sí dice, y ya es verdadera; y si decimos que es verdadera, será en realidad como dice que es, y viene á ser falsa.

La respuesta á mi parecer es clara si reflexionamos en el discurso siguiente. Examine cada uno las siguientes proposiciones y consecuencias una por una, sin atender al fin á que se encaminan: péselas cada una de por sí para concederlas si las hallare ciertas.

1. El que dice que una proposición es *falsa*, en eso mismo, aunque por modo oculto, dice juntamente que *el objeto de ella no es como en ella se dice*, pues esta es la definición de la falsedad.

2. Luego si una proposición se llamare *falsa* á sí misma, dice claramente que es *falsa*, y que su objeto *no es*, como ella dice *que es*.

3. Luego diciendo *yo soy falsa*, viene á hacer este sentido, *yo soy falsa, y no soy como digo que soy*. Me parece que has á aquí ninguno puede negar estas consecuencias si repara bien en ellas.

4. Luego la tal proposición que afirma espresamente de sí que *es falsa*, dice claramente que *es falsa*, é implícitamente que *no es como afirma ser*, por consiguiente que *no es falsa*.

5. Luego afirma de sí una contradicción diciendo *soy falsa, y no soy falsa*; y si afirma una contradicción bien falsa es en la realidad.

Ahora, pues, de aquí no se puede inferir que es verdadera, porque para esto era preciso ser como dice: y como queda demostrado que ella decía *que era* y *que no era falsa* (prop. 3 y 4), era preciso que para ser verdadera fuese y no fuese falsa; luego el que dijere que es falsa, porque afirma una contradicción, salió de la dificultad. A esta se reducen las otras dificultades, y tienen la respuesta semejante, porque toda la dificultad nace de que una proposición se contradice á sí misma por reflejar sobre ella misma.

tiempo verdadera y falsa, hasta aquellos mismos que se ven aturridos con algunos argumentos sofísticos; de los que no se saben desenredar. Aquí se ve la flaqueza de nuestro entendimiento, pues estando cierto de una cosa indubitable, en eso mismo se embaraza, y no puede desenredarse. De paso quiero, Eugenio, que reflexioneis lo que acabamos de decir, para que creais que hasta en las cosas que son claras y patentes hay mil engaños y equivocaciones, de las que tal vez no escapan ni aun los hombres grandes, como le sucedió á Wolff en este mismo principio de contradicción. Confieso que es uno de los mayores filósofos de estos siglos; pero en este principio de contradicción que tan difusamente trata resbaló por dos veces: si no hay aquí algun alemán que me oiga, porque tendrá esto por blasfemia execrable.

§ III.

Se examinan dos puntos de la doctrina de Wolff sobre el principio de contradicción.

SILV. — ¿Pues qué tan apasionados] de Wolff son los alemanes?

TEOD. — Además del amor natural que tienen á su paisano, y del crédito que logra por toda la Europa, hay otra causa que los hace creer firmemente todo cuanto dice este filósofo, y es aquel estilo nuevo y admirable de llevarlo todo por método de de-

mostracion matemática; y así como seria reputado por loco el que dudase de una demostracion geométrica, así ellos se burlan de los que dudan de la doctrina de Wolff, por estar tratada geométricamente.

EUG. — ¿Y qué puntos son esos en que no concordais con él sobre *el principio de contradicción*?

TEOD. — El primero es este. Pregunta si toda proposicion falsa peca contra el principio de contradicción, y dice que sí (Ontol., §. 58 y 40); y la razon es, porque bien examinada cualquier proposicion falsa, y haciendo menuda anatomía en su sentido, allí se la descubre *un ser* y *un no ser*, en lo cual está puesta la contradicción. Pongamos el ejemplo que él apunta. Si yo dijere, *todo planeta tiene oposicion con el sol*, digo una cosa falsa.

EUG. — Esperad. Supongo que tener el planeta oposicion con el sol es estar respecto de nosotros el sol á una parte y el planeta á la parte opuesta, como sucede, v. g., á la luna llena.

TEOD. — Eso es; de este modo ya veis por lo que dije en la física que ni Mercurio ni Vénus se pueden oponer al sol, porque andan mas cerca de él que nosotros, y pasan por entre nosotros y el sol. Dice ahora Wolff que como Vénus en la realidad no se opone al sol, si yo dijere, Vénus se opone al sol, será lo mismo que decir, este planeta que no se opone al sol se opone al sol, en lo cual hay contradicción manifiesta.

SILV. — Yo hallo en ese discurso muy buena razon.

TEOD. — Pues sois mas feliz que yo en hallar lo

que buscáis. Yo confieso que la he buscado muchas veces, y todavía no he hallado en este discurso sino una grande equivocacion. Ya os la demuestro. Las palabras nunca significan mas de lo que significan por sí, bien sea que se apliquen á este sugeto ó á aquel. V. g. planeta siempre significa lo mismo, bien se aplique á Saturno ó bien á Vénus, así como hombre significa lo propio aplicado á Tito ó á Neron; de suerte que todos los predicados que se hallan en el objeto, v. g. en *Neron*, si no pertenecen á la esencia de *hombre* no se significan por esta palabra *hombre*, aunque yo la aplique á Neron. Por esto es ser *cruel*, el ser *emperador*, ser *romano*, ó ser rico y poderoso, todos son predicados que se hallan en el objeto; pero no son predicados que se signifiquen por la palabra *hombre*, ni que se incluyan en la idea de *hombre*. En esta suposicion cuando yo señalando á Neron digo, *este hombre es benigno*, diré una cosa falsa; pero no se halla contradiccion en lo que digo, porque la crueldad, aunque se halla en el objeto, no se espresa ni se significa por mi proposicion. Si yo dijese, *este hombre es cruel es benigno*, entonces sí que me contradecia, porque diria la proposicion que el sugeto tendria crueldad y juntamente benignidad; pero diciendo simplemente, *este hombre es benigno*, no hablo de *crueldad*; y así no incluyo en la proposicion cosa que repugne á la *benignidad*, ni me contradigo.

SILV. — Si yo hubiera estudiado por el mismo Wolff yo os responderia.

TEOD. — Ahí le teneis en la librería registrado (Ontol., § 38 y 40.), y podeis estudiar el punto, y

despues argumentaremos si quisiéreis. Decid, Eugenio, si me habeis percibido.

EUG. — Me parece que sí.

TEOD. — Vamos al otro punto en que no concuerdo con él. Dijimos poco há *que si de una proposicion se seguia lo imposible*, tambien esa misma proposicion seria *imposible*. Ahora añade Wolff, *que si de una proposicion se sigue lo posible, tambien esa proposicion es posible y libre de contradiccion*. Allí le tengo registrado si le quereis ver¹.

¹ Ontol. § 93. dice así: *Si possibile est quod ex altero colligitur, hoc ipsum quoque possibile est*; y funda la demostracion en la doctrina que habia dado en la lógica, § 558, en el que dice: *Si major syllogismi categorici fuerit falsa et minor vera, conclusio quoque falsa est*. Lo cual fué una grande equivocacion de Wolff, y se demuestra en este y otros silogismos categóricos: *Omne animal es homo, omne rationale est animal; ergo omne rationale est homo*. Y para no faltar á la honra de este autor pondremos aqui su misma demostracion (lóg., § 558), cuya falacia luego se conoce. Supone este silogismo: *Quidquid continetur sub universali A, ei convenit prædicatum C; sed D continetur sub universali A; ergo ei convenit prædicatum C*. Dice ahora Wolff: si la mayor es falsa, *subjecto quòd continetur sub universali A, non convenit prædicatum C* (nótese este pasage): *cum autem D continetur sub A, ei non competit C*; y queda demostrado, dice, el ser falsa aquella consecuencia del silogismo que decia: *Ergo ei competit prædicatum C*, por ser falsa la mayor y verdadera la menor.

Mas, con licencia de tan gran maestro, se equivocó mucho en el pasage que noté, porque negada una universal positiva infiere sin reparo una universal negativa. cuando debiera contentarse con inferir la contradictoria, que solo es particular negativa. Eugenio, cuando se da por falsa una universal afirmativa, como lo es esta, *á todo animal conviene el ser hombre*, no es lícito inferir absolutamente, *luego á todo animal no conviene el ser hombre*. Por cuanto de este sugeto *todo animal*, hablando generalmente, no es permitido decir *es hombre*, ni tampoco *no es hombre*; porque sabemos que en parte lo es, y en parte no lo es; y tan falso es decir absolutamente, *omne animal est homo*, como decir, *omne animal no est homo*, ó usando de sus mis-

SILV. — ¿De eso dudais? Yo hallo grande conexion entre esas dos máximas, y creo que el mismo argumento se hace en ambos casos, pues del mismo modo debemos discurrir en el mal que en el bien.

TEOD. — Con vuestra licencia, amigo Silvio, os engañais, y os olvidais de vuestra medicina. Dentro de una proposicion puede haber una parte mala y falsa y otra parte verdadera, así como en un mismo cuerpo puede haber un miembro sano y otro enfermo. Ahora bien, si dentro de una proposicion hay una consecuencia mala ó imposible, toda la proposicion es mala; y si dentro de una proposicion hay una consecuencia buena y verdadera, no por eso se sigue que toda la proposicion sea buena y verdadera. De este modo discurrís en la medicina: si un hombre tiene ofendidos los pulmones, decís que el hombre está enfermo; pero si los tiene sanos no os basta para que digais que está sano, porque puede tener los pies, la cabeza ó una mano ofendida, y estar por esa parte muy enfermo. Así tambien sucede en las proposiciones: si dentro de alguna hay una sola consecuencia gangrenada, toda la proposicion padece y está muy enferma; y si dentro de ella hay consecuencia sana, nos resta saber si lo de-

mos términos, tan falso es decir *quidquid continetur sub A, ei convenit C*, como decir *quidquid continetur sub A, ei non convenit C*. Y siendo en este punto falsa la demostracion de Wolff, no es de admirar que sea falsa la doctrina en que se fundaba, esto es, que no podía de una mayor falsa nacer consecuencia verdadera, por lo cual bien puede ser verdadera la consecuencia, y ser imposible la mayor de donde nació.

mas que se incluye en la misma proposicion está igualmente sano. ¿Quién sabe si habrá otra consecuencia mala? Pongamos este ejemplo: *todo el hombre de juicio es matemático*; de ella se sigue esta consecuencia: *luego Wolff es matemático*, la cual es verdadera. Y tambien se sigue esta otra: *luego Silvio es matemático*, la cual es falsa. Cuando de una proposicion se puede sacar una consecuencia falsa y otra verdadera, aunque basta la falsa para hacerla mala, no basta la verdadera para verificarla, pues de lo contrario seria al mismo tiempo falsa y verdadera.

EUG. — Teodosio, no os canseis mas, pues es una cosa muy clara, y Silvio no puede menos de ser del mismo sentir.

SILV. — A primera vista yo dudaba; pero ahora hallo que Teodosio tiene razon. Pero á mí ¿qué me importa que Wolff errase, ni qué tengo yo con estrangeros?

TEOD. — Debeis en conciencia tener grande empeño por él, porque fue muy apasionado de Aristóteles, y en cuanto pudo le imitó en muchas cosas.

SILV. — Aun por eso salió tan gran filósofo como confesais, aunque impugnándole. Me he de poner á estudiar por él. Ese moderno me agrada.